

*Selección  
y preámbulo de  
Noah J. Stern*

*Raoul Deleo*

# TERRA ULTIMA

*El descubrimiento  
de un nuevo continente*



undiscovered continent called

*Swirling Swan Snake*  
 CYGNOPHIDIANUS SPIROCORPUS

worked, and they had reached China, this would have made them the richest men in the world.  
 Do they swim? *Yes*

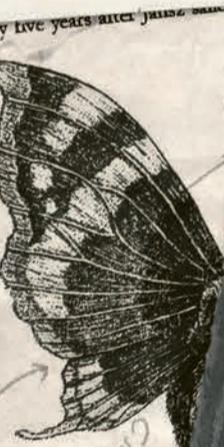
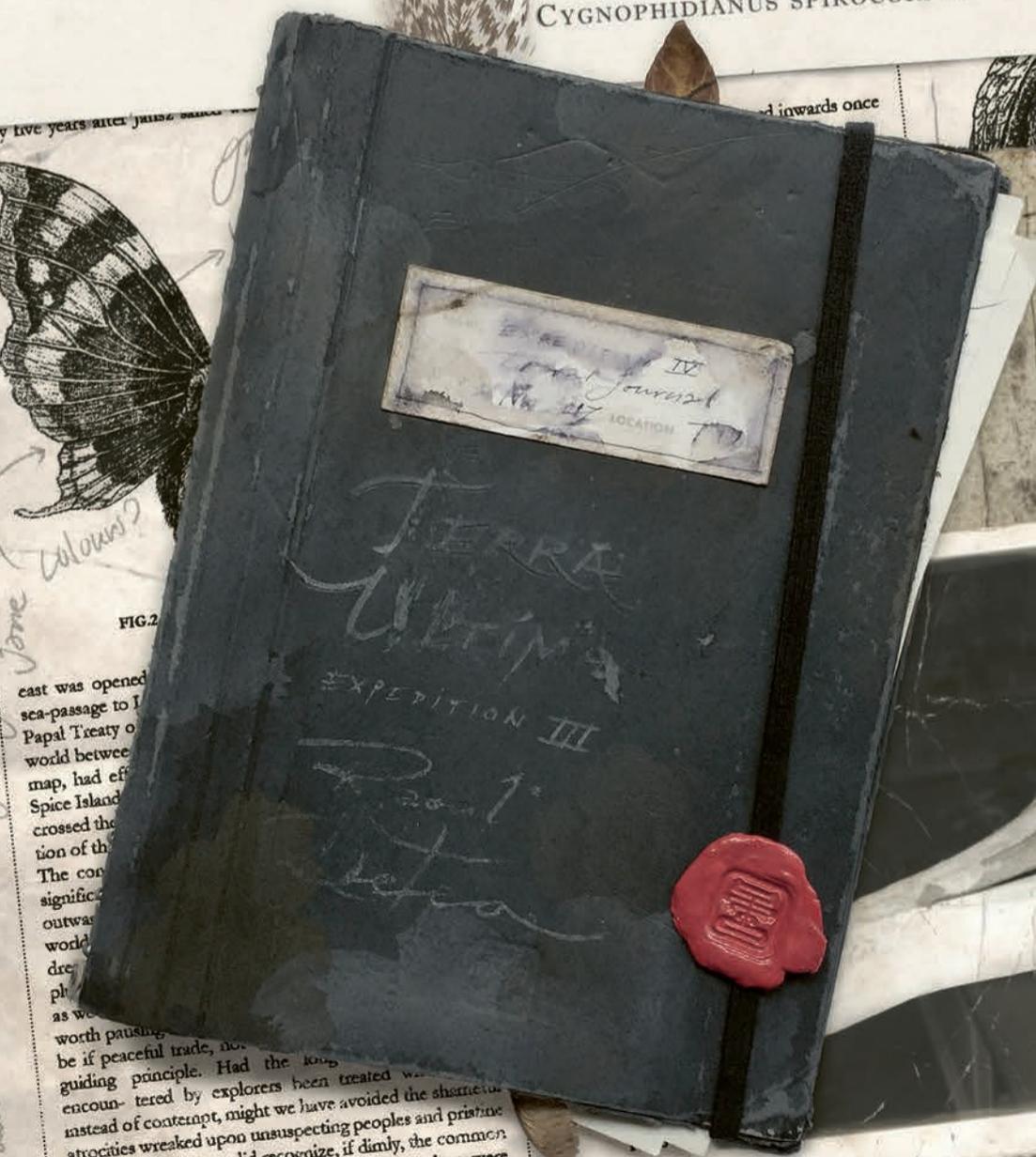


FIG. 2  
 east was opened  
 sea-passage to I  
 Papal Treaty of  
 world between  
 map, had eff  
 Spice Island  
 crossed the  
 tion of th  
 The con  
 significant  
 outward  
 world  
 dre  
 ph  
 as w  
 worth pausing  
 be if peaceful trade, no  
 guiding principle. Had the  
 encountered by explorers been treated  
 instead of contempt, might we have avoided the shameful  
 atrocities wreaked upon unsuspecting peoples and pristine  
 environments? Some did recognize, if dimly, the common  
 humanity of those they encountered, but they were  
 virtually always overruled by more immediate and venal  
 aspirations.  
 Equally significant was the extraordinary isolationism of  
 the Chinese, and that too might have been otherwise. In  
 1405 the outward-looking  
 the most prodigious fleet the

inwards once



CORVUS GIGANTEUS

James Cook has rightly been called the greatest  
 explorer. A true Renaissance man, he led epic  
 discovery and claimed Australia for the British Crown. His  
 prodigious navigation skills took him to an astonishing  
 number of unknown places in the Far East and the Pacific

was his... naturalized Venetian. The...  
 James a walk spot for ornithology  
 to see the... all!! how  
 Golden lion



# PREÁMBULO A TERRA ULTIMA

POR EL DR. NOAH J. STERN, BIÓLOGO

*Miembro honorario de la Real Academia de las Ciencias, miembro de la expedición a Terra Australis*

**T**al vez lo mejor hubiera sido que este libro no existiera. Entiéndaseme bien, no tiene nada de malo. Nada en absoluto. Es un regalo para la vista. Además, es interesante. No, no se trata de eso. Lo que me molesta es la cola que este libro podría llegar a traer. Permítaseme explicarlo.

La gente está impaciente por viajar a la Luna y darían millones por lograrlo, pese a que el lugar no es más que un incómodo y tremendo rollazo. Allí no hay nada especial que ver, ni siquiera se puede respirar o andar normalmente. Y, además, parece ser que también hay un fuerte olor a queso.

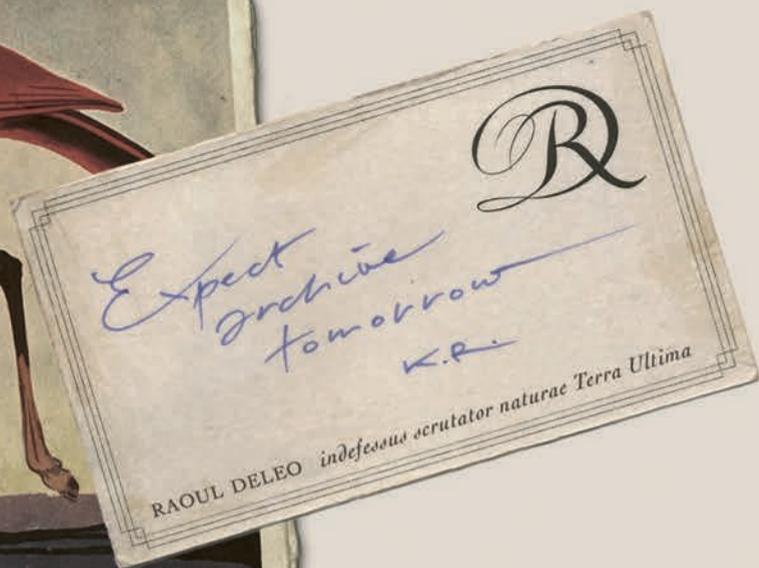
De modo que, si la gente ya está entusiasmada con algo de tan poca entidad como la Luna, Terra Ultima pasaría a convertirse entonces en algo completamente irresistible. ¿Qué podría ocurrir si a los lectores de este libro se les metiera en la cabeza viajar hasta allí en masa? ¿Qué sucedería si, de repente, aparecieran en las guías turísticas viajes «todo incluido» a este continente virgen? Terra Ultima acabaría destrozada precisamente por culpa de este libro, y eso es algo que no quiero llevar sobre mi conciencia.

Sin embargo, aquí lo tenemos. ¿Por qué? Pues, lo primero y ante todo, porque soy un hombre de palabra. Me pidieron que confeccionara este libro y yo accedí. Mi honor no me habría permitido decir a continuación: «Me lo he pensado mejor. Lo dejo», tan solo porque su publicación pudiera acarrear la lacra de unos cuantos turistas.

El libro, además, me ha costado sangre, sudor y lágrimas. A pesar de todo, al principio parecía muy simple: me harían llegar el archivo del hombre que descubrió e hizo el inventario de Terra Ultima, el señor Deleo, para después, en caso necesario, ordenar un poco su material y tal vez explicar algo aquí o allá para personas que, a diferencia de Deleo y de mí, no estén ya curadas de espanto en lo tocante a las aventuras y las expediciones.

La realidad fue distinta. Muy distinta.

El tipo de archivo que me encontré lo describo un par de páginas más adelante. Por ahora, es suficiente con saber que he tenido que matarme a trabajar para poner cierto orden y crear un libro partiendo de todo ese material. Tras todos esos esfuerzos, ¿debería haber renunciado al libro, con el fin de poder preservar Terra Ultima?



## LA UBICACIÓN DE TERRA ULTIMA

Casi se me había olvidado que la posibilidad de que acudan hordas de turistas tampoco es tan grande, porque al fin y al cabo nadie sabe dónde está Terra Ultima. Ningún ser humano sabría cómo llegar hasta aquí, con la excepción del afortunado Deleo, que es una tumba.

Naturalmente, le he preguntado dónde está. Intenté sonsacarle los grados de latitud y de longitud, la dirección en la que señalaba la aguja de la brújula. A fin de cuentas, es así como empieza todo. Al menos en un libro como este.

Deleo me daba toda la razón: con la ubicación, en efecto, empieza todo. Pero, acto seguido, comenzaba a hablar de otra cosa como si nada.

Yo me mantenía en mis trece.

—Podríamos ir juntos a la próxima expedición —le propuse—. Llévame contigo, aunque solo sea durante un par de días. Ya encontraré yo después el camino de vuelta. Y sería de gran ayuda para la elaboración del libro.

Deleo se ponía a silbar una melodía.

—Prometo no decirle nada a nadie del viaje —continuaba yo—. Ni jota. Te lo prometo. Incluso estoy dispuesto a poner mi promesa por escrito. Sellada por triplicado y con mi firma debajo.

Se quitaba una pelusa de la manga.

—Mejor aún, véndame los ojos durante el viaje. Ponme tapones en los oídos. Átame al mástil.

Con el tiempo, el asunto se iba haciendo cada vez más embarazoso. Por mucho que lo intentara, mis esfuerzos eran en vano. Deleo resultaba inflexible.

Es evidente que le ofrecí mi ayuda y mi apoyo, así que ya no es mi responsabilidad. El destino de Terra Ultima queda ahora por completo en manos de Deleo. De él depende cerciorarse de no meter la pata o de que no le sigan cuando esté de viaje, para que la localización de Terra Ultima siga siendo un secreto.



## COLABORACIÓN

Si bien el mundo de los exploradores es muy pequeño, nuestros caminos se habían cruzado con anterioridad una sola vez. Fue en Chicago, durante una conferencia que Deleo dio en el Field Museum. Si no lo recuerdo mal, este encuentro se produjo poco después de la primera expedición. Intercambiamos algunas fórmulas de cortesía y a eso quedó reducido todo. Cuando, más tarde, caía en mis manos algún artículo escrito por él, no dudaba en leerlo y seguía su trabajo con interés, pero a cierta distancia.

Me sorprendió, por tanto, que solicitara mi colaboración en este libro. ¿Por qué le pidió a su editor que me tanteara precisamente a mí? ¿Le había llamado la atención mi descubrimiento de la pata fantasma en el *Anguis fragilis*? ¿Fue porque

había participado en la famosa expedición a Terra Australis? ¿O lo determinante había sido la pregunta que le formulé desde la sala el día de su conferencia? Al repasar sus diarios, averigüé que mi pregunta le había impresionado más de lo que yo podía haber llegado a imaginar<sup>1</sup>.

Pero ¿qué importaba el porqué? Deleo, en mi caso, había llamado a la puerta adecuada. A vuelta de correo, le comuniqué que podía contar conmigo y estuve esperando su archivo con expectación.

Transcurrió una semana, y luego otra. Entonces, recibí una elegante tarjeta de visita en la que, con mano claramente apresurada, aparecía escrito: «Espere el archivo mañana. Atte». En el ángulo superior derecho podían leerse las iniciales R. D.

## EL «ARCHIVO»

A la mañana siguiente, un destartado camión de mudanzas descargó ante mi casa cinco robustos baúles provistos de resistentes herrajes y llenos de sellos, precintos y etiquetas. Los repartidores los arrastraron al interior de la vivienda con gran esfuerzo.

Al no disponer ni de la paciencia ni de la fuerza suficientes para llevarlos a mi estudio, abrí un baúl cuando se encontraba todavía en el vestíbulo. No podría haber deseado mejor inicio, porque lo primero que vi fue una pila de dibujos, dibujos originales de todo lo que crece y florece en Terra Ultima. Con manos ligeramente temblorosas, saqué del baúl una lámina al azar. Alguna vez, en alguna revista especializada, ya había visto la obra de Deleo en fotografías, pero nunca a color ni desde tan cerca. Aún podían apreciarse las marcas del lapicero en el bosquejo y soplé para eliminar un resto de goma de borrar.

Desde el papel me estaba mirando un bicho.

Según la leyenda, era un *Octopossum leucostolum* y, en efecto, se parecía un poco a un pulpo, pero también a un oso hormiguero.

Con el índice de la mano derecha, fui siguiendo los contornos del animal comenzando por la cabeza, continuando por la espalda y acabando con el resto del cuerpo. El pelaje tenía un tacto más rígido de lo esperado, e incluso pinchaba un poco. ¿Dónde terminaba el oso hormiguero y empezaba el pulpo? No me atrevería yo a poner el dedo ahí.

Me puse a trabajar con tanto embelesamiento que al principio no noté que algo se me había quedado pegado en la mano. Una fracción de segundo.

<sup>1</sup> Nota del editor: ver también página 64.





¿Era un resto de pegamento? Miré rápidamente la cabecita del *Octopossum*. Tenía exactamente el mismo aspecto, la lengüecilla inmóvil sobre el papel.

Cogí otra lámina: el *Penguilagus pseudopticus*. Volví a abismarme en el dibujo. A lo largo de mis viajes había visto muchas cosas peculiares, pero este tipo de criaturas era nuevo para mí.

No regresé al aquí y al ahora hasta que empezaron a gruñirme las tripas. Habían transcurrido unas cuantas horas y apenas había examinado dos dibujos.

Después de comer, me fue imposible aguardar un solo instante antes de ponerme a indagar entre el resto y me sumergí con entusiasmo en el material de Deleo. Sin embargo, pronto me inva-

dió la duda. ¿Qué hacía esa bota (una bota del pie izquierdo, un número 43,5) en el baúl? ¿O ese papel con la lista de la compra? Abrí el siguiente baúl, y otro más. La cosa no mejoraba. Cuando ya había abierto el cuarto y el quinto, el alma se me cayó a lo más bajo de los pies. Consternado, observé el conjunto y musité: «Ay, que Carlyle<sup>2</sup> me asista».

Era como si Deleo hubiera ido recolectando al buen tuntún material de su archivo para ir apretujándolo después en el interior de los baúles. Parecían llenos de todo aquello a lo que había podido echar mano de buenas a primeras: dibujos, plantas a medio secar, mapas y cartas náuticas, tres cuartos de una tableta de chocolate (85 % de cacao), cuadernos de bitácora, diarios, obras de consulta, dos mosquiteras, aparatos de medición de toda clase, una bolsita de té... Piezas utilizables y trastos completamente inútiles estaban mezclados sin orden ni concierto unos encima y debajo de otros. Debía de haberse sentido poco a poco sobrepasado por el material que había ido recopilando.

Era algo que le podía perdonar a Deleo muy bien. ¿Además de ser aventurero y perspicaz, estaba obligado también a ser ordenado? No, precisamente en esta clase de caóticas circunstancias es cuando un colega debe estar ahí apoyando al otro. Lo que no quita para que estuviera hasta las narices de tanto desorden.

Tomé un bocado de la tableta de chocolate y me animé: «Ya lo resolverás. Sobre todo, cuando le pidas a Deleo que te lo explique punto por punto».

<sup>2</sup> Nota del editor: referencia a Thomas Carlyle (1795-1881), escritor escocés. Logró ordenar un poco los papeles de Diogenes Teufelsdröckh, un gran profesor pero muy descuidado.



## EL ESTUDIO

Intenté quedar con Deleo repetidas veces, pero siempre obtenía el silencio por respuesta. Hasta que, mira por dónde, al cabo de cinco meses, dos semanas y cuatro días, llegó una señal de vida en forma de la consabida tarjeta de visita que, entre tanto, se había hecho tan familiar. Deleo ponía en mi conocimiento que para él suponía un «verdadero placer» poder recibirme, para «eliminar cualquier tipo de ambigüedad».

A la mañana siguiente, acudí a su estudio.

Al principio, pensé que me había equivocado. ¿Era este el estudio del hombre que me había proporcionado un archivo que, para decirlo suavemente, era una fauna? Aquí todo guardaba un asombroso orden. Los animales disecados formaban una fila impecable y se había utilizado un nivel de burbuja para colgar las láminas.

El punto central de la sala lo ocupaba un caballete, con tubos de pintura y tarros con pinceles dispuestos a ambos lados. Sobre las cajoneras, a la izquierda del estudio, colgaba un letrero en el que se había escrito con letra elegante «Materia muerta». Abrí un cajón y me topé con una colección de huesos, plumas, garras y picos, que variaban de largos a cortos, de grandes a pequeños, de afilados a romos. Con este material se podían crear, al menos, siete aves. En el cajón siguiente encontré piedras y guijarros, trozos de corteza y madera fosilizada, pequeños sacos de arena (gruesa y fina), musgos de cualesquiera de los tonos ocres, azules y verdes imaginables y tubitos con fluidos indeterminados, algunos de los cuales parecían brillar. Suficiente para un paisaje en miniatura.

A la derecha del taller había un soporte de madera oscura con carpetas de cartón verde jaspeado, del formato *elephant folio*. Encima, colgaba un cartel donde ponía: «Bosquejos». Estaba justo empezando a soltar la cinta de una de las carpetas, cuando Deleo me detuvo.

—Ahórrese la molestia —me dijo—. Ya obra en su poder todo lo que pudiera ser de importancia para el libro.

Deleo se dispuso a hacer café, algo para lo que resultó ser muy minucioso, ya que la mitad de la visita se la pasó preparándolo. Una vez que estuvimos sentados y pude comenzar a formularle mis primeras preguntas, empezó a sonar un temporizador de cocina para indicar que se me había agotado el tiempo. Deleo me entregó el abrigo, sonriendo, e incluso me ayudó a ponérmelo. Antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba otra vez en la calle.

Todo se quedó en esa única visita y, por su parte, ya no pude contar con mayores explicaciones o ayuda. Lo que sé acerca de Terra Ultima, de Deleo y de sus expediciones he tenido que sacarlo de su archivo.

No fue tarea fácil, ni siquiera para un hombre tan ordenado como yo. Después de nuestro encuentro, transcurrieron un par de semanas en las que me dediqué a limpiar escombros, segreggar, alisar, descifrar y clasificar, hasta que conseguí domeñar el desorden y sacar a la superficie los objetos de valor. Del material había surgido una imagen de Terra Ultima, nada menos, y del modo en que Deleo había llegado a localizar y a encontrar el continente.





Por último, diré algo sobre las dimensiones de Terra Ultima. No puede afirmarse nada con seguridad basándose en el archivo, salvo que el continente es enorme. En sus anotaciones, Deleo se refiere a «horizontes inmensos» y cadenas montañosas «que se extienden hasta donde la vista alcanza». Abandonó un intento de medir una franja costera al cabo de seis semanas y ochocientos cuarenta y dos kilómetros. «Es cosa de locos, como encontrar una aguja en un pajar», garabateó en su diario (con mano menos firme de lo habitual).

Ya es hora de cederle la palabra a Terra Ultima y al propio Deleo. Las láminas y las entradas en el diario que siguen a continuación tienen, sin duda, una historia interesante que contar. Si falta algo o siguen sin quedar claras algunas cosas, la culpa es de Deleo, no mía. No puedo sacar del archivo nada más de lo que hay.

Pero no debemos juzgarlo con demasiada severidad. Al fin y al cabo, de lo que aquí se trata no es del descubrimiento de un prado, sino de todo un continente. Tampoco es tan fácil. A ver quién es el guapo que podría lograrlo. Además, no hay que olvidar que la biología es una ciencia. Y para la ciencia vale eso de «si no suscita interrogantes, no merece la pena».

Botanisch Genootschap  
**TROMPEVESTE**  
R. Deleo - E.G. Trompeveste lezing:  
Terra Ultima moet gezocht worden  
tussen Alaska en Azie. Zet vanaf  
de Tsjoektsjenzee koers naar de  
Beaufortzee en stuur vervolgens  
aan op de Delta-golf. Vandaar  
wijst het zich vanzelf.

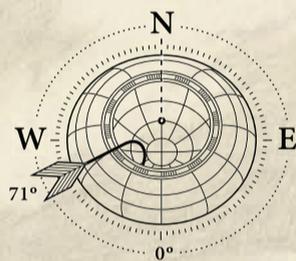
Botanisch Genootschap  
**TROMPEVESTE**  
Zondag aankomende,  
**21 APRIL**  
Een Lezing van  
**dhr. R. DELEO**  
ontdecker en verkenner  
van het voorheen onbekende continent  
GENAAMD ZIJNDE  
**TERRA ULTIMA**  
AANVANG; Half na zeven in den avond  
Met gelegenheid tot het stellen van vraagen.  
Thee en Koffie worden geschonken.  
TOEGANG ENKEL VOOR LEEDEN





# LA PRIMERA EXPEDICIÓN

*102 días – Zona costera – 842 km*



Un barco a la deriva, la carga que se suelta de las correas de amarre, el agua potable contaminada... Quien haya viajado alguna vez o sepa lo que les ocurrió en el mar a viajeros como Tasman, Roggeveen o Gulliver reconocerá muchas cosas en las anotaciones de Deleo.

Su estado de ánimo también va siguiendo el mismo patrón. Al soltar amarras, está de un humor estupendo. La vida a bordo parece mucho mejor que en tierra firme, pero, al cabo de unos cuantos días, el cansancio empieza a hacer acto de presencia cuando tiene que desplegar las velas o achicar el agua de la sentina, todo para mantener el barco a velocidad y rumbo, o tal vez tan solo para mantenerlo a flote. Las anotaciones van haciéndose más escasas; el tono, más apagado:



«Horas enteras en compañía de tiburones martillo. ¿Una parejita?».

Cerca del final del viaje, cuando llevaba cuarenta y tres días, la agitación vuelve a asomar de manera predecible. Sorprendentemente, no se debe a que haya tierra a la vista, como suele ser el caso. No, Deleo ha notado algo distinto: un fulgor en lo más alto del cielo que va desplazándose

con él. A partir de ese momento, vuelve de nuevo a la vida.

*El fulgor era deslumbrante. ¿Qué volaba, subía y se zambullía allí en el cielo? Me pareció demasiado grande para ser una gaviota argéntea y demasiado pequeño para ser un albatros. Para ser un rabihorcado, tenía un color demasiado claro. Debido a la distancia y al movimiento, me fue imposible constatar lo que era y, desde el momento en que me di cuenta de su aparición, mi estado de ánimo se transformó, apoderándose de mí la alegría. Había encontrado mi estrella polar.*

Deleo continúa con su acompañante en el cielo y pronto vislumbra una franja oscura en el horizonte que apenas se distingue. Su primera reacción es de incredulidad.

*Rápidamente, eché mano del mapa y de la brújula para asegurarme de que se trataba de Terra Ultima y no de algo distinto. Calculé mi posición y luego volví a calcularla. Comprobé, entusiasmado, que quedaba excluida cualquier otra posibilidad. Esto debía ser, en efecto, Terra Ultima.*

Al día siguiente, la playa se desliza por debajo de la proa. Con un suspiro sordo y una sacudida, el barco se deposita en ella y Deleo queda paralizado en la frontera entre el agua y la tierra, con el viejo mundo a la espalda y uno nuevo ante sí.

*En cuclillas, me quedé mirando fijamente al agua desde la proa. Estuve horas así. Me quedé rígido. Las conchas y las algas iban y venían por el fondo. El sol me quemaba la espalda. Entonces, empecé a levantar la cabeza despacio, mientras mi mirada iba deslizándose por la playa hasta llegar a los pies de un macizo rocoso, para seguir trepando desde allí.*



*Registré la escena en mi interior.  
La roca tenía la forma de un elefante  
que me aguardaba inmóvil. Playa Elefante,  
se me ocurrió. ¿Qué nombre podía ser  
más apropiado para este destino?*

Deleo ya no vuelve a desprenderse de ese macizo rocoso, que se convierte en la baliza por la que se orienta. Desde aquí empieza a explorar Terra Ultima, aquí es adonde regresa, aquí encuentra consuelo.

Empieza a desenvolverse con el método sencillo pero probado de M. la Bonne Foi, mariscal francés que ya en 1853 supo que lo mejor que puedes hacer es seguir a la punta de tu nariz (*suivre son nez*), allá adonde quiera que vayas.

Los primeros días, la nariz de Deleo no le lleva mucho más allá de Playa Elefante. Por la mañana, cuando todavía hace fresco, sube por los flancos de la roca. Allí raspa el musgo de la piedra y, para evitar el sol, al mediodía estudia la roca por dentro. En grutas del tamaño de un hombre, de las que el mar se ha retirado por un momento, se topa con unos erizos de mar. «Se desplazaban de lado, como los cangrejos. Si no tenías cuidado, podías aplastarlos con los pies». Va paseando por la playa y por los palmerales, donde entra tan rápido como sale con la mayor tranquilidad del mundo.

«Estaba recuperando las fuerzas del viaje», es lo que escribe. «Aquí encontré tranquilidad».

El quinto día, su nariz le lleva a la cumbre de la roca por «un agradable sendero transitable que va ascendiendo poco a poco». (No es mentira, realmente escribe «agradable». La expedición empieza a parecerse a un viaje de placer). Desde la cima, su mirada se aventura por primera vez tierra adentro. Un territorio inmenso se extiende ante él: delante, llanuras cubiertas de hierba en ocre, marrón y verde ondeando al viento. Salvo unos cuantos grupos de palmeras diseminados, se echa en falta cualquier otra forma de vegetación. Más allá, en el interior, la espesura deviene más densa y variada. Deleo ve selvas que parecen impenetrables. Más lejos todavía, se encuentran las montañas que se elevan hacia el cielo. Es imposible abarcar el paisaje con la mirada.

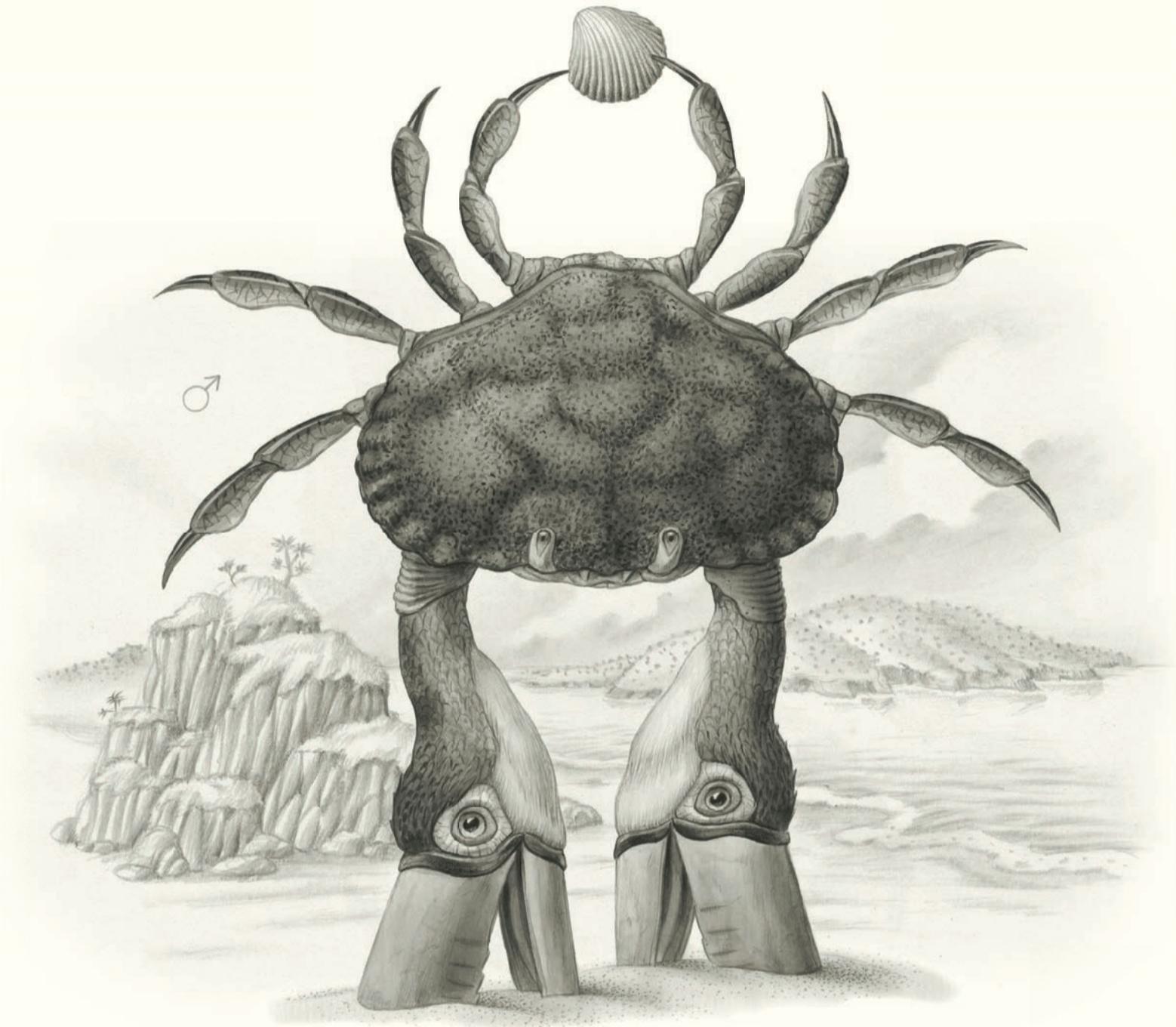


Allí, sobre esa roca, Deleo es consciente de la aventura en la que se ha embarcado. Por primera vez le asaltan las dudas y siente algo de miedo incluso. Desanimado, regresa al único lugar familiar que conoce.

*¿Qué me estaba esperando aquí? ¿Cómo diablos se supone que voy a trazar el mapa de todo un continente? ¿Simplemente dándome un garbeo por él? Nunca me lo había planteado, atareado como estaba con la preparación del viaje y con la ambición de encontrar Terra Ultima. Ojalá me hubiera convertido en humo aquí mismo, en el acto. Cambio y fuera.*

Terra Ultima vuelve a ponerle los pies en la tierra a Deleo. Decide, de momento, dejar de lado el interior y posponerlo para la siguiente expedición, en el caso de que la hubiera. Ahora se centra en la costa, y durante seis semanas recorre 842 kilómetros a lo largo de la línea de pleamar. En el viaje de ida, deja el mar a la izquierda y la tierra a la derecha, mientras que en el trayecto de vuelta es justamente al revés. Su elección por la costa no le decepciona, pues allí se encuentra con el gorilmorsa.

Después de haber regresado del este, Deleo se atreve con otra excursión tierra adentro. Al sudoeste de Playa Elefante se topa con la desembocadura de un río y, desde allí, remonta la corriente río arriba hacia la llanura, durante un kilómetro y ni un paso más. Es lo bastante lejos como para descubrir un lugar de forraje del flamenco cervical.



*Tucanogemina carciiforma*  
CANGREJO TUCANOSIAMÉS

El cerebro del cangrejo tucanosiamés está distribuido entre las dos cabezas. Con la izquierda percibe y con la derecha controla sus movimientos. Las cabezas intercambian información dándose pequeños golpes rítmicamente con los picos.

